

Discurso
de
Despedida

2011

Manuel
Entrena
Guadix

DISCURSO DE DESPEDIDA

A LA PROMOCIÓN DE 2º DE BACHILLERATO DE 2011

Sr. Director.

Profesores

Padres

Y, hoy sobre todo, queridos alumnos, futuros bachilleres:

Antes que nada quiero decirles que hoy es un día de alegría, un día de celebración en el que superaréis uno de esos obstáculos que la vida nos va poniendo por delante.

Un día en el que como dicen los versos de Alphonse de Lamartine, poeta francés nacido en Maçon en 1790, y que desde 1829 fue miembro de la Academia francesa, sacados de su poema, parcialmente autobiográfico, El Lago....

**Ô temps! Suspende ton vol, et vous, heures propices!
Suspendez votre cours:
Laissez-nous savourer les rapides délices
Des plus beaux de nos jours!**

¡Tiempo! No vuelas más.
Que las horas propicias
Interrumpan su curso
¡Oh! Dejados gozar
De las breves delicias
de este día tan bello.

Hoy es, por tanto, un hermoso día para vosotros y para vuestros padres, que ven cumplido uno de sus sueños, ver graduarse a sus hijos.

Pero, antes de dirigirme a vosotros, me vais a permitir que tenga un recuerdo, que para mí es algo especial, para un grupo numeroso de bachilleres para los que este año va a ser difícil celebrar un día tan hermoso como este.

*Fui un joven profesor del **Instituto Ibañez Martín de Lorca (Murcia)** entre el año 1981 y el año 1984. Tres cursos académicos en los que tuve ocasión de crecer como persona y de conocer a un pueblo fuertemente trabajador y enamorado de sus tradiciones culturales y artísticas.*

Los bachilleres a los que me refiero son hijos de muchos de aquellos que fueron mis alumnos a lo largo de esos tres cursos, a cuya formación colaboré con mi granito de arena, y que, por causas del desastre causado por un fuerte movimiento sísmico,

están pasando una mala situación. Vaya desde aquí mi recuerdo y mi solidaridad hacia ellos, que hago extensiva a todo el pueblo lorquino.

Muchos de los que han pasado por mis clases, así como muchos de mis compañeros, me habrán oído decir que yo soy granadino de nacimiento, pero que mi corazón es, en cierto modo, cordobés. Eso se debe, entre otras cosas, a que yo obtuve el Título de Bachiller en uno de los institutos más antiguos de España, el Aguilar y Eslava de Cabra (Córdoba).

Muchas veces he oído el comentario, que algunos atribuyen a nuestro premio Nobel de Literatura **D. Camilo José Cela**, *“se es de donde se hace el bachillerato”*.

Esta es por tanto la razón de que yo me considere tan granadino como cordobés.

Durante esta etapa de la vida es cuando se empieza a fraguar la personalidad que nos va a acompañar en nuestra posterior vida universitaria y, algo más tarde, en nuestra vida profesional, y mi estancia en ese bonito pueblo cordobés coincidió en el tiempo con mi adolescencia y posteriormente con mi juventud. Es la etapa de la vida en que uno comienza a abandonar las faldas maternas y, simultáneamente, empieza a vivir algo más libre. Se deja de ser niño y se empieza a ser hombre

Es la etapa en la que la influencia familiar comienza a dejar paso a la del grupo de amigos, por eso tanto los padres como los profesores insistimos en lo importante que es rodearse de buenos amigos, porque sabemos -la experiencia es un grado- que una mala influencia puede arrastrar a un chico de manera irrecuperable.

Bien, hablaremos un poco de **educación**.

Existe un proverbio africano que dice: *“para educar a un niño hace falta una tribu”*.

En cierto modo este proverbio, con las modificaciones de la modernidad, sigue estando vigente. Para educar a un niño hacen falta los padres, los abuelos, la familia en general, los vecinos, los amigos, los educadores de la guardería, los profesores de primaria y los de secundaria. Luego vendrán otros que continuarán ese trabajo.

Podemos afirmar que nuestro futuro no sólo viene determinado por nuestra carga genética, el genotipo, sino que en él va a influir de manera decisiva el medio en el que nuestra vida se desarrolle, el fenotipo. Y, si bien los genes son muy importantes, el medio en el que nos desenvolvemos no lo es menos. El hombre, por tanto, nace y se hace.

En ese nacer van implícitas, desde un punto de vista estrictamente biológico, las posibilidades que una persona va a poder desarrollar a lo largo de su vida, entre las cuales se encuentra la inteligencia. Que las desarrolle o pueda desarrollarlas es otro cantar. Y eso depende, en buena parte, de nuestro entorno y, sobre todo, del interés que pongamos en ello. Para ese desarrollo son decisivos, además de los padres, los profesores, los que tienen encomendada la función de educar. Sobre ellos recae una tremenda responsabilidad: junto con la enseñanza de las ciencias y las letras, convertir el aula en un centro de moral.

Romano Guardini escribió: «*El factor más eficaz para educar es cómo es el educador; el segundo lo que hace; el tercero lo que dice*».

Lo deseable es y será siempre que la persona que intenta convencernos de que le otorguemos nuestra atención y nuestra confianza sea un incuestionable portador de las bondades que predica o, en su defecto, que sea palpable externamente su lucha por conseguir determinados valores.

La verdad es que cuando me propusieron dar este discurso de despedida, lo primero que pensé es ¿qué le cuento yo a estos aproximadamente 170 chicos y chicas que les pueda hacer reflexionar un poco?

Me acordé del pensamiento, atribuido a **Sir Winston Churchill**, “*cuando tengo que hablar durante dos horas no tengo necesidad de preparar el discurso, pero cuando tengo sólo 10 minutos, tengo que dedicar días a preparar concienzudamente lo que voy a decir para no dejar nada importante en el tintero*”. Y, les puedo asegurar que llevo un montón de días, leyendo artículos relacionados con la educación, y buscando autores cuyo ejemplo pueda servir a mi propósito de transmitir algo que, al menos, sea interesante.

De las muchas cualidades que las personas podemos presentar y desarrollar a lo largo de nuestra vida he elegido tres que, al menos a mi, me parecen tremendamente importantes, a saber: **la formación, el sentido del deber y el esfuerzo**.

LA FORMACIÓN

Para tratarla, voy a utilizar la figura de **Gaspar Melchor de Jovellanos**, de quien este año se cumple el 2º centenario de su muerte, acaecida el 27 de noviembre de 1811.

Se trata de un hijo de familia noble, aunque sin fortuna, de Gijón, donde nació en 1774.

Tras cursar sus primeros estudios en Gijón, marchó a Oviedo para estudiar Filosofía en la Universidad. Posteriormente obtiene su licenciatura en Derecho en la Universidad de Ávila (1763), y al año siguiente fue becado en el Colegio Mayor de San Ildefonso en la Universidad de Alcalá de Henares, para seguir sus estudios.

Después de licenciarse ocupó la plaza de magistrado de la **Real Audiencia de Sevilla**. Allí fue **Alcalde del Crimen y Oidor** (1774).

En 1778 consiguió el traslado a la **Sala de Alcaldes de Casa y Corte** en Madrid, donde entró en la tertulia de **Campomanes**, a la sazón fiscal del Consejo de Castilla, el cual le recomienda diversos trabajos que le satisfacen especialmente, reconociendo en **Jovellanos** a un hombre de amplia formación y reconocida solvencia en el terreno económico.

Plenamente integrado en la vida cultural madrileña fue miembro de la **Real Academia de la Historia** (1779), de la **Real Academia de San Fernando** (1780) y de la **Real Academia española** (1781).

El inicio de la Revolución francesa paralizó, con **Carlos IV**, las ideas ilustradas y apartó de la vida pública a la mayoría de los pensadores avanzados.

Para quienes la moderación es falta de espíritu y el sentido común debilidad acomplejada, la figura de **Jovellanos** resultará siempre incómoda.

Antípoda de la radicalidad y de la desmesura, demostró como la razón práctica y la prudencia pueden ser los mejores aliados de la toma de decisiones. Al menos si se quiere fomentar con dichas decisiones la paz y la prosperidad.

Contribuyó a edificar un clima de concordia que potenciase reformas basadas en la **libertad**, sin la cual nada prospera, y la **justicia**, que combate los abusos y estimula la instrucción pública.

Su disposición en pos de ambos objetivos fue infatigable, a pesar de los altibajos a los que se vio sometido. Diez años de destierro y siete de prisión no cambiaron su sincero compromiso con ellos.

Soportó los sinsabores de la calumnia y de la envidia sin alterar el juicio, ni tampoco el estilo y las ideas. Lo señala en sus diarios: *“lo que llaman fortuna es lo de menos, porque.....es cosa de quita y pon, y que se va y viene y no se detiene”*; añadiendo a renglón seguido: *“Virtud, instrucción: he aquí lo que siempre dura”*.

Encarna como pocos en nuestra historia la esencia del hombre moral, que hizo de su servicio a su país una empresa ejemplar de honradez, de dedicación admirable al interés general y al bien común. Pero además nunca renunció a creer que, frente a las dificultades, no sólo se pone a prueba la grandeza de los hombres y de los pueblos, sino la fe en ellos mismos.

Muchos de los que dedicamos nuestra vida a intentar enseñar, en condiciones a veces imposibles, nos sentimos demasiadas veces ninguneados y poco respetados.

Al profesor exigente se le tacha de antiguo, se le acusa de elitismo intelectual, desde una ideología pedagógica que sólo entiende de integración, de plegarse a las motivaciones de los adolescentes y de negar todo aquello que pueda generar discriminación.

Naturalmente no estamos hablando de hurtar a nadie la oportunidad de formarse. Pero, detrás de este igualitarismo trasnochado, se esconde un sutil desprecio al conocimiento.

Es por tanto imprescindible que, como sociedad, nos dotemos de personas con la más alta cualificación, con una preparación acorde con los tiempos que nos ha tocado vivir, de otra manera estaremos condenados a la frustración. El derecho a aprender de quien puede y, sobre todo, de quien quiere hacerlo debe prevalecer en nuestros centros

de enseñanza, porque no solo está en juego un derecho individual fundamental, sino la contribución de conocimiento al conjunto de la sociedad.

Por desgracia, casi siempre resulta más fácil salvar las apariencias que enfrentar la realidad. El fracaso de nuestros jóvenes, será sin duda el fracaso de nuestro futuro, *“la tierra, ya lo dejó dicho Jovellanos, no produce para los ignorantes sino malezas y abrojos”*.

No hay progreso sin educación, ni democracia sin ella como expresión de una sociedad de personas libres, capaces de tomar decisiones racionales basadas en el conocimiento de las cosas.

Mi primera conclusión es fácil de deducir. **“Formaos lo mejor que podáis, dejad de lado las malas perspectivas que parecen acecharos, que nadie se escude en que no se preparó concienzudamente por las malas perspectivas de futuro. Todos sabemos que aquellos que trabajan se muestran satisfechos consigo mismos”**.

EL SENTIDO DEL DEBER.

Decía Plauto, en siglo III A.C.: *“El que no piensa en sus deberes sino cuando se los recuerdan, no es digno de estimación”*.

Analizadas, casi veinticuatro siglos después, sus palabras la conclusión que podemos sacar es clara, hemos progresado sí, pero más lentamente de los que sería deseable, se espera de nosotros que cumplamos con nuestras obligaciones pero, por desgracia, no siempre lo hacemos y, lo que es peor, muchas veces somos incapaces de reconocer que no lo hacemos y buscamos mil excusas para justificar nuestra actitud.

Las palabras de Plauto vuelven a hacerse vigentes en la anécdota que me voy a permitir contarles y que tiene relación con **D. Andrés Manjón**, ese famoso educador y pedagogo, además de sacerdote, fundador de las Escuelas del Ave María, en las que algunos de mis compañeros realizaron sus estudios de Bachillerato y cuyo nombre lleva nuestro Instituto.

Haré primero una breve descripción, que espero que les resulte amena, de las etapas de la vida de D. Andrés antes de llegar a Granada

D. Andrés, nacido en 1846, era hijo de familia humilde y fue educado por su tío, párroco de Sargentos de Lora, pueblo de la provincia de Burgos en el que vino al mundo, y, cómo no, por su madre (lo dice su biografía), quien lo indujo a ir a la escuela y recibir las enseñanzas básicas, aunque él era reticente al estudio.

De esta forma, en 1858, Andrés comenzó los estudios de Latín. Fueron años difíciles debido a la dureza con que se aplicaban sus profesores con él, así que tuvo tentaciones de volverse al campo.

No obstante, en 1861, su tío lo lleva al Seminario de Burgos, donde tras mucho trabajo y enfrentamientos, supera el primer curso con excelentes calificaciones. Sus sucesivos estudios fueron Filosofía y Derecho, también con un resultado magnífico.

A los 26 años, terminados sus estudios, llega a Valladolid, donde ejerce la docencia por poco tiempo. En la Universidad de Salamanca ocupa la cátedra de derecho Romano. Tras un breve paso por Madrid, donde prosigue sus estudios de Jurisprudencia y Legislación, y por Santiago de Compostela, donde fue catedrático por oposición de Disciplina Eclesiástica, llega en 1880 a Granada donde le conceden una vacante de la misma disciplina en la Universidad. Allí, es elegido por el Cabildo de la Abadía del Sacromonte para impartir la asignatura de Derecho Canónico. Por esa época decide ordenarse sacerdote y es nombrado canónigo de la Abadía.

Es en este momento donde comienza mi relación, o mejor dicho la relación de mi familia, con D. Andrés.

Mi abuelo, José Entrena Amor, fue alumno de D. Andrés en el Real Colegio del Sacromonte, a donde este último subía todos los días a impartir sus clases. Me contaba mi padre, al que a su vez se lo había contado mi abuelo, que, en los días fríos de invierno, esos días en los que lo que apetece es quedarse en la cama, o al cobijo de una buena chimenea, los alumnos se frotaban las manos y comentaban entre ellos...”Hoy con el frío que hace D. Andrés no vendrá”, pero ante su sorpresa, cuando faltaban unos minutos para el comienzo de la clase, aparecía D. Andrés, a lomos de su borriquilla, por las revueltas del Sacromonte.

Los alumnos le decían pero D. Andrés, con el frío que hace ¿cómo viene usted?, y él les contestaba siempre, desde su punto de vista cristiano, con la misma respuesta: **“faltar a las obligaciones sin una causa justificada es pecado mortal”**.

Yo os digo lo mismo, pero lo amplio un poco, no sólo desde el punto de vista cristiano, sino desde cualquier punto de vista, cuando uno falta a sus obligaciones lo está haciendo mal, y sobre todo si esas obligaciones pasan por educar, si de ellas depende la formación de las futuras generaciones.

“No hay escuela sin maestro”. D. Andrés daba mucha importancia a la formación de los maestros, pues decía que el maestro podía ser formador o deformador de caracteres.

Fue autor, a lo largo de su vida, de muchas obras de carácter pedagógico, al servicio de la educación y de su ministerio sacerdotal, con un estilo carente de florituras, sin alardes de erudito. Todos ellos están llenos de sencillez y claridad.

Una de sus muchas obras, la que según muchos autores se puede considerar como su obra maestra, fue **“EL MAESTRO MIRANDO HACIA DENTRO”**, donde considera al **maestro como formador de hombres conscientes de sus deberes**.

Fue nombrado hijo predilecto de Granada (1900) y de la provincia de Burgos (1909). Su humildad hizo que no asistiera a ninguno de esos actos. Mereció elogios como profesor concienzudo, ejemplar y humilde.

Su personalidad sobria, hizo que los honores que en vida le rindieron, no hiciesen mella en él. Muere el 10 de julio de 1923 y es enterrado en una sencilla cripta en la capilla de la casa Madre del Ave María. En su lápida están escritas las letras “A M” que rubrican una vida humilde y sencilla.

La segunda conclusión que yo os propongo es, por tanto, bien simple. “**Cumplid siempre con vuestras obligaciones, como profesionales y como personas, cumplid con vuestros deberes, sin esperar recompensas a cambio, altruistamente, hacedlo con el mismo cariño con que unos padres se sacrifican para criar y educar a sus hijos. Hacedlo con humildad, no os creáis nunca superiores a nadie, desterrad la soberbia de vuestras vidas. Huid de aquellos que siempre pretenden dar lecciones de superioridad, de aquellos que creen que no hay límites para su ego, para su vanidad, para su arrogancia. Huid de la pedantería de esos que se creen moralmente superiores a los demás sin haberlo demostrado jamás, suelen ser los peores**”.

EL ESFUERZO.

Si para tratar la formación escogí a **Jovellanos (siglo XVIII-XIX)**, y para el sentido del deber a **D. Andrés Manjón (siglo XIX-XX)**, para tratar el esfuerzo he escogido el Testamento de **Anthony Judt (siglo XX-XXI)**.

Historiador británico que murió en agosto del año pasado, tenía 62 años y padecía la variante más inusual y maligna de la esclerosis lateral amiotrófica (ELA), una enfermedad muscular degenerativa que le fue diagnosticada en 2008 y en la que, según escribió con dramática lucidez el propio Judt, *«tienes la oportunidad de contemplar, sin molestia alguna, el catastrófico proceso de tu propio deterioro»*.

Pocos meses antes de su muerte, con enormes dificultades para hablar, tragar e incluso respirar, Judt descubrió la forma de superar la angustia de unas noches interminables en las que, abandonado a su soledad, estaba condenado a la más absoluta y cruel inmovilidad: hacer uso de la única facultad que aún le quedaba intacta, la de pensar y permitir que su memoria deambulara por los recuerdos de su primera infancia, de sus años de colegio, de su vida en Cambridge o de los veranos en los Kibutz israelíes, para, a la mañana siguiente, dictar los pensamientos almacenados en su cerebro durante la noche. De esta forma logró reunir en mayo de 2010, sólo tres meses antes de su muerte, un conjunto de ensayos que, con su autorización, han sido publicados con el título de **El refugio de la memoria**.

En su libro póstumo Judt muestra una auténtica actitud de rebeldía: *«Si hay que tener una identidad, escribe, la mía estaría al lado de la gente fronteriza, de esos a quienes la testarudez de carácter les lleva a actuar deliberadamente a contracorriente de la comunidad»*. Es decir, Judt es de todo menos conformista, y ese debe ser el auténtico espíritu de los ciudadanos libres, de aquellos que no se integran en la masa borreguil que es fácilmente dirigible y manipulable.

Es evidente que hablo de una libertad bien entendida. La libertad no consiste en hacer lo que nos de la gana, sino en decidir qué queremos hacer y, una vez hecho, ser capaces de asumir nuestras responsabilidades. Eso implica ser capaces de reconocer nuestros errores, pues es el primer paso para poder corregirlos y, de esta forma, llegar a ser mejores.

Hoy es bien notorio que existe una gran tendencia a lo contrario, el drama de nuestra sociedad es que nos hemos acostumbrado a no asumir ninguna responsabilidad y por supuesto necesitamos culpar siempre a los demás de nuestros errores.

Contra lo primero que Judt se rebeló fue contra sí mismo. A pesar de que la enfermedad había hecho de su cuerpo una insoportable prisión, a pesar de que sabía que estaba condenado a morir y ser testigo inmóvil de su propia muerte, buscó en su capacidad de pensar y recordar la forma de mantenerse vivo y, afortunadamente para él, la encontró. Esa sí es una forma de morir dignamente.

Judt es un magnífico ejemplo del esfuerzo, de ser capaz de sobrevivir a la adversidad, de ser capaz de sobreponerse y, en lugar de abandonarse a una muerte inmediata, seguir pensando, seguir trabajando, aún sabiendo que no iba a gozar de ninguna recompensa por ello.

El esfuerzo merece la pena por sí mismo. Decía **Mahatma Gandhi**, uno de esos hombres a los que se puede llamar imprescindibles, sí, de esos que luchan toda una vida en pos de un ideal: *“Nuestra recompensa se encuentra en el esfuerzo y no en el resultado. Un esfuerzo total es una victoria completa”*.

Los educadores debemos, tenemos la obligación, de exigir a nuestros discípulos el máximo esfuerzo, ya que es la única forma de conseguir que se lleve a cabo. *El discípulo de quien jamás se pide nada que no pueda hacer, nunca hace todo lo que puede*. Esta frase es de **Jhon Stuart Mill**, filósofo, político y economista inglés que vivió en el siglo XIX.

Mi tercera conclusión es obvia. **“Que os esforcéis todo lo que os sea humanamente posible, tanto en vuestros próximos estudios superiores, como en vuestras futuras profesiones. Afrontar el reto con alegría, procurad tener siempre una sonrisa para los que comparten vuestra vida personal o profesional, recordad siempre que la alegría y la sonrisa abren muchas puertas pero que, sobre todo, abren los corazones. Si instruirse no supusiera esfuerzo, si no marcará diferencias entre las personas, no podría considerarse algo valioso”**.

Bien creo que es el momento de ir terminando este discurso de despedida, que espero haya sido de vuestro agrado, aunque en realidad yo no lo considero como una despedida. Haber sido profesor de muchos de los que aquí estáis ha sido, con sus altibajos, todo un placer. Más que una despedida me gustaría considerarlo como un hasta siempre, siempre seréis mis alumnos.

El Manjón siempre será vuestro instituto, en él siempre seréis bien recibidos y, a vuestros profesores, lo digo con absoluta certeza, siempre les gustará veros y saber de vuestros futuros éxitos.

Mucha suerte para el futuro y recordad:

Formaos, cumplid vuestras obligaciones y esforzaos todo lo que podáis.

Puede que, en la época que os ha tocado vivir, eso no sea suficiente, pero os aseguro que os hará sentir mejor que si no lo intentáis.

Podréis de este modo recordar las palabras de **Gregor (Johan) Mendel:**
“Aunque en mi vida haya padecido momentos de amargura, debo reconocer, agradecido, que el número de horas felices ha sido muchísimo más elevado. Mis trabajos experimentales han sido motivo de constante satisfacción”.

Desearos que esta noche de alegría, este día tan bello que decía el poeta, quede siempre en vuestros corazones y en los de vuestros padres, y que Dios os bendiga.

He dicho.

Granada 31 de mayo de 2011